

---

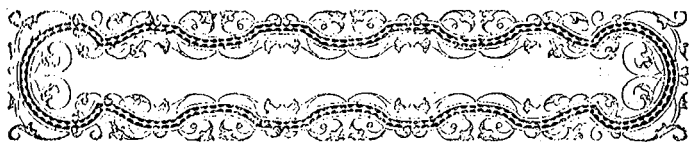
# LA ELECCION.

Mínimo (Los Conservadores)

Candidaturas del Dr. Antonio Borrero  
y del Dr. Luis Antonio Salazar

Quito 1875





Folleto comprado al Sr Antonio  
Rivadeneira el 31 de enero de 1913

## La Eleccion.

Parece indudable ya que la eleccion que deben hacer los pueblos el dia 17 del próximo mes de octubre, dará por resultado la presidencia de uno de los señores, **Dr. Luis Antonio Salazar**, candidato del partido católico, ó **Dr. Antonio Borrero**, candidato del partido liberal: uno de estos dos ciudadanos recibirá el encargo de regir por seis años la República, y decidir de nuestra suerte. Pero por honorables que sean los precedentes de uno y otro, por grande

qué sea la confianza que ambos inspiren por sus prendas personales, como la felicidad ó la desgracia de la Patria no dependen exclusivamente de la elevacion de un hombre á la primera magistratura, sino de los principios políticos que represente, del carácter, ideas y tendencias del partido que le sostenga, la eleccion es asunto de altísima importancia, y merece la mas seria y concienzuda meditacion de parte de los electores.

No entraremos en el exámen de los mercedimientos de los candidatos, una vez que ambos á dos son dignos: no haremos la comparación, siempre odiosa, de hombre con hombre, ni ménos descenderemos al terreno de la maledicencia, en el cual contienden únicamente las almas y corazones bastardos. Detestamos el puñal de la difamación, tanto como el puñal de los asesinos, y nos tendríamos por degradados á nuestros propios ojos, si en la discusion del bien público empleásemos el lenguaje de la detraccion, que ni la civilidad consiente, ni la moral tolera, y que, con la civilidad y la moral, la Religion reprueba y condena.

Si la suerte de la Patria dependiese exclusivamente de la persona elegida, la eleccion podría sernos indiferente, y cualquiera de los dos candidatos gobernaría con nuestro beneplácito. Pero no se trata solo de la designacion de un ciudadano: dos ideas son las que van á disputarse el triunfo en las urnas electorales; dos principios contrarios, inconciliables, entran en lucha: la idea católica, el principio católico, que están en posesion del imperio, y la idea liberal;

el principio anticatólico, irreligioso y pagano, que quieren adueñarse de esta República, tan dichosamente preservada de la universal corrupcion, por especial beneficio del Cielo y por los gloriosos esfuerzos del reciente Mártir de la civilizacion, de la Religion y de la Patria. La próxima eleccion encierra esta disyuntiva: ¿ Quiere el Ecuador que se conserven incólumes en su seno los principios católicos, ó prefiere el predominio del sistema irreligioso y pagano, que el liberalismo proclama? Si lo primero, elija para presidente al señor Salazar; si lo segundo, decídase por el señor Borrero. Repetimos que no atendemos á las cualidades *personales* de los candidatos, sino á las ideas, principios y tendencias de los partidos que los sostienen. La candidatura del señor Borrero, purificada del elemento liberal que, por desgracia la acompaña, sería para nosotros tan simpática como la del señor Salazar, y no daría nada que temer, y sí mucho que esperar, á la República.

Y no se diga que el asunto es político, y no religioso; porque este subterfugio sería bueno, cuando mas, para alucinar á gente que de todo punto ignorase lo que el mundo entero presencia en nuestros dias,

Muy ántes de ahora lo ha dicho Proudhon asombrado: “ En todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la Teología; ” y el marqués de Valdegamas ha contestado con razon: Sí, “ toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica. ” Esta conexion ne-

cesaria entre la política y la teología; entre la sociedad humana y Dios, ha dado por resultado práctico la conversión absoluta de las contiendas políticas en contiendas religiosas; y el mundo es ahora la arena en que la Fe y la incredulidad, cada cual con el séquito de sus respectivos principios y consecuencias, tienen empeñada decisiva batalla bajo los estandartes de la política. La Fe cuenta en sus filas á los políticos católicos; la incredulidad, en las suyas, á los políticos liberales: el catolicismo y el liberalismo riñen por el universal imperio, y van á disputarse parcial victoria en el Ecuador, el día 17 de octubre.

Abramos los ojos, y veamos claro. Los escritos de los liberales ecuatorianos y extranjeros que se han ocupado y se ocupan en los asuntos del Ecuador, no pueden dejarnos la menor duda de que nuestra Religión es el blanco de sus iras; y aunque no fuese el principio religioso el móvil inmediato de su funesta actividad, ya lo sabemos: "toda afirmación relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmación relativa á Dios;" y si los liberales no se recatan de afirmar que nuestras católicas instituciones políticas son envilecedoras é infamantes, con la misma afirmación condenan á nuestro Dios, reputándolo por envilecedor é infamante. Tras la idea política está la idea religiosa; y de ahí proviene que en la elección de un gobernante, los liberales ven la elección entre Jesucristo y la secta.

No se diga tampoco que los liberales ecuatorianos son católicos; porque de algunos sabemos que abiertamente no lo son, pues que ellos mismos se han

encargado de manifestárnoslo con sus doctrinas impías; y de todos sabemos que no pueden serlo, aunque lo pretendan, porque el catolicismo y el liberalismo son sistemas contrarios é inconciliables, como son contrarios é inconciliables Jesucristo y Luzbel. Así lo tiene explícitamente declarado el Pontífice infalible; cuando explícitamente ha condenado al liberalismo como anticatólico. Los liberales se hallan en la necesidad de optar entre los dos sistemas: ó abjurando del liberalismo, ó no pertenecen á la comunión católica. ¿Son liberales? Sí; y fuera risible que lo negasen por interés eleccionario; luego no son católicos por mas que lo pretendan: el Padre de los fieles, el Supremo Pastor de la Iglesia no los reconoce por hijos suyos, no los cuenta entre las ovejas del aprisco divino; ántes los declara intrusos en el hogar de la familia católica, y fraudulentos pretendientes de sus derechos y prerogativas; los mira como á lobos del rebaño sagrado, y los excluye de su seno con la autoridad suprema é infalible que le ha sido concedida por el Padre y Pastor invisible y soberano á quien representa. ¿Son católicos? No, porque ellos mismos se apellidan *liberales*, y lo tienen á honra, sin considerar que tienen por honra la ignominia de la apostasía. Si alguna vez fueron católicos, como que lo fueron, supuesto que todavía pretenden serlo por los moribundos resplandores de esa Fe sacrosanta que bebieron bajo el materno amparo, apóstatas son ahora que han adoptado y sostienen los principios y doctrinas políticas de la escuela liberal, aunque no sospechen que en tales doctrinas y principios están en-



vueltos la moral y el dogma, las correspondientes afirmaciones relativas á Dios y á la Religion. Serán apóstatas por voluntaria ignorancia, si les juzgamos por el aspecto más favorable; pero no pueden borrar de su frente la marca de la apostasía, si no se dan á la Iglesia sin doblez, sin restriccion ni reserva. ¿Faltaremos con esto á la caridad? No: acordémonos de cómo trataba á los fariseos la caridad viviente en el mundo.

Cierto es que hai liberales que presumen de católicos, y pueden ser vistos como verdaderos católicos por la gente ignorante y sencilla; y de esta calaña son muchos liberales ecuatorianos.—Estos mixtos absurdos de dos principios que se repelen, se nombran *católico-liberales*; mas, por desdicha suya y para la comun seguridad y enseñanza, están declarados como los peores y mas peligrosos por el augusto Pontífice reinante. *Hi vero periculosiores sunt et exitiores apertis hostibus*: mas peligrosos y temibles son estos que no los enemigos descubiertos de la Iglesia, dice Pio IX. en el Breve destinado á reprobar y condenar las doctrinas *católico-liberales*. Y los beneméritos redactores de “La Civiltá Cattólica,” comentando juiciosamente esta declaracion pontificia, agregan: “La razon es clara, porque del enemigo descubierto todos pueden guardarse. Pero ¿cómo se guardarán del oculto é insidioso, que favorece secretamente los designios de nuestros enemigos y nos propina el veneno, sin advertirlo talvez él mismo? Por otra parte, es muy difícil descubrir su malicia; pues como no inculca los errores con toda su deformidad, y goza á las

veces de alguna probidad y buena reputacion por sus costumbres honestas, se le tiene por virtuoso, de sanas doctrinas, y enemigo solo de los excesos donde quiera que se presenten. Así enseña que hace mal el Gobierno que usurpa los derechos de la Iglesia . . . ; pero que conviene distinguir el lado civil del religioso; y que si muchas cosas aparecen ilícitas por el segundo aspecto, son muy lícitas y aun convenientes por el primero. Deplora la perversidad de los malvados; pero añade que la libertad del mal y del error es necesaria consecuencia de la libertad del bien y de la verdad; lo que no debe alarmarnos, porque la verdad siempre gana en el combate y la discusion . . . // Reconoce en lo abstracto la conveniencia de la armonía entre la potestad civil y la religiosa; pero sostiene que en la práctica es mas útil la separacion, de manera que cada cual siga su senda sin curarse de la otra. No cesa de reprebar el fanatismo y la supersticion, ni de lamentar la decadencia de los estudios eclesiásticos: llama excesos los ataques de la verdad contra el error, y cree que se procedería con mayor cordura, si la verdad, descendiendo de su puesto, tomase un término medio, é hiciese las paces con su adversario. Debe salvarse la Fe, dice, pero conviene distinguir lo principal de lo accesorio: . . . y en todo caso, repite: *In dubiis libertas*. Es sensible, añade, el abatimiento y opresion del clero; pero se debe considerar que en los tiempos de mayor santidad y de mas amplia diffusion del Evangelio, el clero fué pobre y sin Estados. . . Por lo demas, agrega, conviene hacer, como suelo decirse, de la necesidad virtud, y acomodarse á Las

exigencias de los tiempos; contentarse con perder una parte para salvar la otra. . . . Nuestra obstinacion nos haría perderlo todo; pues ¿no hemos visto cuántas ruinas han sobrevenido por nuestras resistencias imprudentes?—Entre tanto los pusilánimes, los amigos de la vida quieta y tranquila, y los que por falta de energía se doblegan á todo viento, aplauden semejantes discursos; y aun los hombres honestos que detestarian el error descarado, caen en la red y en ella perecen. De este modo se dividen los ánimos, se rompe la unidad y se enervan las fuerzas así que se debería combatir al enemigo.”

Esto parece escrito para nosotros, para nuestra enseñanza, para el gobierno de nuestra conducta en las presentes circunstancias. No nos fiemos, pues, de esos principios religiosos de que se hace alarde en la hora de la necesidad, cuando la vida práctica los desmiente: no nos demos á partido por esas manifestaciones de catolicidad á medias, y pidamos obediencia, sumision y amor, francos, absolutos y constantes á la Iglesia, á sus doctrinas y preceptos; porque sólo con esta condicion podremos tener un Gobierno que sirva de antemural á nuestra Fe, y de poderoso resorte para el verdadero progreso de la República. No tengamos por de poca monta ninguna concesion en el terreno de los principios, ni miremos como inocentes á los que, para obtenerlas, quieren apoderarse del Gobierno de la Nacion. Sus pretensiones crecerían dia por dia; y una vez poseedores de la autoridad, no nos dejarían sino el triste consuelo de las lágrimas de tardío y estéril arrepentimiento. El mal es cauteloso

y prudente : opongámosle mayor cautela y prudencia.

Los liberales triunfantes se limitarían hoy día á glorificar la libertad interna del pensamiento ; mañana querrian libertad absoluta para expresarlo ; luego la libertad absoluta de los actos humanos, la libertad de adorar ó menospreciar al Creador, la libertad de las pasiones, la libertad *del mal y los malhechores*. Este es el proceder del liberalismo, sin que falte en sus labios el lenguaje de la adoracion al *Sér Supremo* i del acatamiento á la moral. Reconozcamos al enemigo que nos pone cerco : tiene desplegada la bandera de Satanás, y hace como que recita el Símbolo de los Apóstoles. No nos dejemos alucinar por sofística palabrería : nuestro es el enemigo en este arte peligroso. No olvidemos que **“en pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.”**

El liberalismo proclama libertad : no le creamos, pues no la quiere ; porque la libertad es pura y santa, benéfica y necesaria : quiere *libertades*, porque estas dan de sí disolucion y ruina. El catolicismo proclama la verdadera libertad, y tiene justo título para sostener su derecho de paternidad sobre ella ; el liberalismo es padre de las *libertades*, y necesariamente tiene que reconocerlas por hijas suyas : le pertenecen en todo rigor de derecho.

La batalla contemporánea es entre la libertad y las libertades : la libertad y las libertades van á combatir en la próxima eleccion. El triunfo de la primera nos asegurará la continuacion del orden católico en la República : la victoria de las segundas daría en

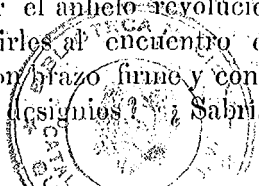
nuestro suelo el mismo resultado que ha dado en las demas naciones. No hay razon para que el liberalismo sea santo en el Ecuador, cuando es infecio en todo el mundo: la peste de las sociedades humanas no puede ser para nosotros fuente de salud y bienestar. El liberalismo, aunque fuese con accion lenta y paulatina, nos daría por final resultado infancia sin fè, juventud sin freno moral, familia sin vínculo sagrado y duradero, sociedad sin buenas costumbres, sin autoridad respetable, sin templo, sin altar, sin cruz, sin sacerdotes, sin sacrificio y sin Dios: esto es lo que puede dar, lo que va dando poco á poco donde quiera que ha sido consentido.

¿ Pero dónde están, cuáles son nuestros *católico-liberales*? No podemos decir que lo sean ni el señor Borrero, ni todos sus partidarios: nos complacemos en reconocer y aplaudir las creencias religiosas del candidato y su austera moral: nos complacemos igualmente en reconocer y aplaudir las creencias y honestidad de muchos partidarios suyos; pero entre el buen grano se ha metido la zaña, y esta llegará tarde ó temprano á ahogar y extinguir por completo la mies provechosa y saludable. En el partido que sostiene la candidatura del señor Borrero se cuentan muchos que “preciándose de católicos, se asocian al enemigo en vez de resistirle, le dan la mano y siembran los gérmenes de la confusion y discordia en las filas del catolicismo.” *Multi, qui catholicorum nomine censetur, amicum eis manum porrigunt.* “Y de qué modo cometen tan torpe y cruel perfidia?” *per doctrinas quas dicunt católico-liberales*: por medio de la

doctrina *católico-liberal* que profesan, dice Pío IX.

Y no se nos niegue que la candidatura del señor Borrero anda sostenida por hombres de tan pésima escuela; pues les oímos hablar á menudo, á menudo leemos sus escritos, y de palabra y por escrito, muchos defensores de esa candidatura se ajustan á las tres señales características que el Sumo Pontífice nos da para que conozcamos á los *católico-liberales*. Esas señales son: 1.<sup>a</sup> “La repugnancia á una pronta, plena y absoluta sumision á los decretos y amonestaciones de la Santa Sede; 2.<sup>a</sup> la aversión con que miran á los celosos y amantes hijos de la Iglesia, á quienes designan con los nombres de ultramontanos y jesuitas; y 3.<sup>a</sup> la vanidad con que, hinchados con el viento de la soberbia, se tienen por mas prudentes que la Iglesia.” No queremos nombrar personas; pero si nos ponemos á examinarlas una por una, hallaremos que todas las que se pueden reconocer por las señales indicadas por Pío IX, pertenecen al partido del señor Borrero. Mucho lo sentimos por el candidato; pero lo sentiríamos mas por la República, si tales hombres llegasen á tener mano en el Gobierno, y á gozar de la *libertad liberal* que desean para propagar las doctrinas de su corruptora escuela.

Elevado el señor Borrero á la primera magistratura, y debiendo su exaltacion, en gran parte, á los esfuerzos de los liberales, ¿tendría la resolución y energía necesarias para combatir el anhelo revolucionario que les devora, para salirles al encuentro en sus pretensiones, y oponerse con brazo firme y constante al logro de sus funestos designios? ¿Sabría,



como el señor García Moreno, mantenerse único gobernante católico en la lid que sostiene la Iglesia, sin consentir ni el mas leve atropello de sus sagrados derechos, ni tolerar por un instante la injuria de la verdad salvadora y de los principios morales que el catolicismo difunde con la mas alta sabiduría, y que los liberales detestan con la mas obstinada ceguera y con todo el encono de la apostasía? No le llevaría la modestia al resbaladizo terreno de las concesiones, en el cual un paso basta para perder el recto camino que debe seguir el poder público, y autorizar el universal extravío y el catolicismo del mal? ¿No le induciría la modestia á soportar los ultrajes y vejámenes contra la autoridad depositada en sus manos, contra la autoridad que el liberalismo abomina, cuando no puede servirse de ella como de ciego instrumento para sus fines, y mucho mas cuando le tiene á raya en sus proditorias tendencias?..... “Exclusivos, dirán los liberales: estas preguntas son hijas legítimas de la intolerancia ultramontana y jesuítica!” Sí, respuesta satisfactoria á estas preguntas desearíamos de la pluma del señor Borrero: no se la pedimos á los defensores de su candidatura: la queríamos propia y directa del candidato; porque proclamamos, como católicos, la exclusion del mal, la intolerancia de los errores doctrinales, y el respeto á la autoridad en todas sus formas; y de tal modo los proclamamos, que aun en el caso de que triunfase la candidatura del señor Borrero, no desertaríamos de la bandera de nuestros deberes, sino que, siempre exclusivos é intolerantes contra el error y el mal, del lado de la autoridad

estariamos mientras no se apartase de su elevado destino, y la defenderiamos de los ataques de los liberales que no se aviniesen con ella.

¡ Ah, si el señor Borrero respondiese á esas preguntas como candidato resueltamente católico ! cuántos nombres no se retirarían de esas listas que se han puesto en los escritos que proclaman su candidatura ! y cuánto no ganaría en tranquilidad la República, agitada ahora por la incertidumbre de lo porvenir ! Esa respuesta sería la criba que limpiaría el buen grano ; y aunque este quedase escaso, valdría cien veces mas, que revuelto con el joto : criba sería, lo repetimos ; pues á ello nos autoriza una de las razones que se han puesto como principales para la proclamación de la candidatura del señor Borrero, la razón de que se le tiene por inclinado á poner “ en torno de la verdadera República á todos los ecuatorianos, sin distinción de colores políticos. ” Esta recomendación no puede ménos de rodear al señor Borrero de las simpatías de los liberales que, admitidos en torno de la República, sabrían darse modo, como en todas partes se han dado, para alzarse con la autoridad, excluyendo á los ciudadanos de color político-católico, y dejando el cuadro social sólo con dos colores, rojo y negro. Esa recomendación deslumbra á primera vista aun á muchos individuos católicos que se imaginan un bello ideal de política en la fusion de programas contradictorios, en la armonía de instituciones discordantes por su propia naturaleza ; pero maduramente considerada es, ó una ilusión buena para engalanar los escritos y seducir á los incautos con la magia de hala-



gadores conceptos, ó una amenaza séria y grave á los principios é instituciones católicas que no consienten *fusion*, y que, incapaces de conciliarse con las doctrinas de color *político-liberal*, á toda tentativa en este sentido responden con la decisiva palabra de Pio IX: *Non possumus*.

Ordinariamente se echa á volar en los programas administrativos la promesa de reunir á todos los ciudadanos, *sin distincion de colores políticos*; de dar á todos sin distincion su parte en el ejercicio de la autoridad y en el manejo de los asuntos públicos; y no se advierte que si tan absurdo ofrecimiento llegara á ponerse por obra, en vano se procuraría *que el reposo y el bienestar de la Nacion descansasen en sólidas y prudentes instituciones*, y que á pesar de toda la solidez y prudencia posibles, el edificio social vendría luego por tierra con gran regocijo de los políticos de color funesto, que se darían prisa á levantar otro para cuya *solidez* evitarían con gran *prudencia* toda mezcla de materiales que á nadie es dado amalgamar. Para un edificio liberal, no se buscan materiales católicos; ¿y hemos de buscar materiales liberales para nuestro edificio católico?..... ¡Qué cuadro social el que resultaría pintado con todos los colores políticos!,..... No; escojamos los colores adecuados para darle hermosura y brillo, los colores de la verdad y del bien: los variados matices que su combinacion proporciona, son suficientes para formar el cuadro de la pública ventura.

No se crea por esto, que deseamos privar del agua y del fuego á los liberales, no: vivan en paz; go-

cen de las seguridades que la constitucion y las leyes brindan á todos los ciudadanos; nadie les moleste ni inquiete, *en cuanto no causen daño*: el catolicismo no se opone á ello; ántes lo ordena su caridad inagotable y universal; pero no se les llame á participar en el gobierno social. Sean respetados y considerados por su buena conducta, en cuanto la observen buena; pero no por la razon del *color político*, porque este nunca puede ser bueno. Si toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno supone una afirmacion relativa á Dios y á la Religion, todos los *colores políticos* suponen *colores religiosos* correspondientes, por mas que no lo quieran confesar los que andan pintorcados con los colores del liberalismo contemporáneo. Si esta declaracion les pareciere importuna, quéjense contra Proudhon que la ocasionó con su sorpresa en las *Confesiones de un revolucionario*.

Así, pues, lo mismo que se ha presentado como razon para proclamar la candidatura del señor Borrero, obra poderosamente en nuestro ánimo, impidiéndonos aceptarla; y de igual modo debe obrar en el ánimo de todos los ecuatorianos católicos. Lo mismo que se alega en favor de esa candidatura, impone á los católicos el irrecusable deber de negarle sus votos. Los hombres de todos los colores políticos sin distincion rodearían al señor Borrero; y cada cual entraría en la rueda con sus respectivos principios políticos, morales y religiosos. ¿Cuál sería el sistema de gobierno del Presidente? ¿El de la fusion, el de la conciliacion por medio de recíprocas concesiones? El catolicismo no lo tolera, y como intolerante sería ex-

pelido de la rueda, para evitar la pugna en el seno mismo de la autoridad. ¿Gobernaría el señor Borrero sólo con sus propias ideas católicas, en medio del antagonismo inconciliable y perpetuo de los hombres que le rodeasen? . . . . Por desgracia es muy cierto lo que dice Keller: "Tanto los príncipes absolutos como las asambleas libres son eco de los pensamientos que les rodean; y el hombre que en esas altas regiones creyese no obedecer sino á su propio interés ó á sus personales tendencias, sin advertirlo, sería siervo del interés y pasiones de su siglo." "Para no servir al torpe interés y degeneradas pasiones de este siglo en que vivimos, es preciso ser un García Moreno; ó alejar todo elemento contaminado con la peste de este siglo, á fin de respirar solo en la atmósfera pura y serena de los principios católicos.

Hemos dicho que los ecuatorianos católicos tienen el irrecusable deber de negar sus votos á la candidatura del señor Borrero, no por consideracion al candidato, mil veces no: lo hemos dicho y lo repetimos, por consideracion á los principios liberales que le rodearían, encarnados en los hombres de todos los colores políticos. Si, los católicos tienen ese deber de conciencia; porque en conciencia están obligados á impedir que el liberalismo entre en el sistema de nuestro Gobierno. Este deber es mas grave en los padres de familia, en los que de cualquiera manera tienen influjo en otras personas, porque para ellos el deber no se limita á negar el voto, sino que se extiende al ejercicio de la legitima influencia de que pueden disponer, y que deben emplear, para procu-

rar el triunfo del catolicismo en las próximas votaciones.

Un reciente y hermoso ejemplo del ejercicio de la legítima influencia de la autoridad tenemos en la carta pastoral escrita por el ilustre Arzobispo de Munich, con ocasión de la elección de diputados, decretada para el mes de julio del presente año. "Cuáles sean las causas de la extrema importancia de las próximas elecciones, dice el eminente prelado, no es un secreto para nadie; pues sabido es que los que pretenden ver en la Iglesia instituida por Jesucristo el obstáculo mayor para el llamado *desarrollo liberal*, y que la atacan por todos los medios posibles, tratan de conseguir un nuevo triunfo para hacerlo valer en un sentido hostil á la Iglesia. ¿Qué será de nuestra querida patria, si llegan a *abrirse paso* esas tendencias que solo aspiran al debilitamiento de la fe cristiana, á la relajacion de las buenas costumbres, á la destruccion de la verdadera paz interior y de la felicidad de los hombres? Aun cuando los enemigos de la iglesia de Dios pretenden cien veces y *protestan que no quieren emprender nada contra la Religion, la Iglesia, la Fe y las costumbres*, lo que han hecho hasta ahora, prueba lo contrario. . . . . ¡Católicos de la diócesis! No solo debe llevaros á las urnas el amor de la patria, sino tambien *os obliga á ello* el amor de vuestra Madre la Iglesia católica, á fin de que se vean salvos sus derechos y sea protegida en su accion papal y en su actividad saludable. Reflexionad cuidadosamente delante de Dios, á qué hombres debeis dar vuestros votos: no elijais sino á los que han dado

pruebas de su fe católica con actos y palabras; á hombres dotados de un ánimo y de una fe incommovibles, á fin de que defiendan en todas circunstancias el trono y la patria, la Religión y la Iglesia, la ley y el orden público"..... A esta carta pastoral se han seguido otras de todos los obispos bávaros, en el mismo sentido y con el mismo objeto que la del señor Arzobispo.

No es, ptes, invencion nuestra el deber de trabajar en las elecciones *políticas* por el triunfo de los principios *religiosos*, el deber de influir legítimamente para que la *eleccion* recaiga solo en ciudadanos católicos; y aunque no queremos, ni podemos, ni debemos revocar en duda los principios religiosos del señor Borrero, preciso es atender á que con la eleccion para presidente de la República, vamos á elegir el *partido político y religioso* que ha de ejercer su influencia en la suerte del Ecuador, durante seis años, y que puede conservar, mejorar ó empeorar de una manera definitiva nuestra situacion, y preparar á la Patria y á la Religión un porvenir desdichado ó venturoso.

La oracion es medio poderosísimo para alcanzar los auxilios del Cielo: empleémosla con confianza. Pero si pedimos el rocío y la lluvia, labremos con esmero la tierra, sembremos solícitos siniente limpia y sana, para que el rocío y la lluvia no vengán á vivificar ortigas y zarzas. Cada cual en el puesto que le ha designado la Providencia obre y ore: este es deber comun á todos los católicos sin distincion de clases, estado ni condicion. El que puede mucho, haga mucho; el que no tiene sino su voto, délo para el

triumfo de la buena causa. Gravísima responsabilidad pesa sobre todos; y al que omita lo que en sus manos estuvo hacer para librar á la patria del liberalismo que le amenaza, muy estrecho juicio le aguarda.

Padres de familia, pensad en la suerte de vuestros hijos! Si consentís en que los principios de una escuela funesta comiencen á introducirse en la República, con la exaltacion del partido que los profesa, tarde llorareis, y llorareis sin remedio.

Ecuatorianos todos, pensad en la suerte de vuestra patria! No os espongaís á llorar tarde y sin remedio. Lo que puede pareceros inocente ahora, porque el liberalismo esconde sus garras para no causaros temor, luego os parecería imprudente, despues culpable, y al fin os lo imputaría la conciencia como un verdadero crimen. Echad la vista á otras naciones: el liberalismo principi6 en ellas por poco, tolerado, coadyuvado talvez por los cat6licos que no sospechaban el peligro, ¿y ahora? Vedlas y preguntad: ¿qué fué de su Religion? ¿qué se hizo de su fe? ¿d6nde está la union de sus hijos en unas mismas creencias cristianas? ¿á qué se han reducido las escuelas, donde la infancia se educaba bajo la mano de Dios? ¿en qué se han convertido las universidades y colegios destinados á formar una juventud ilustrada y honesta? ¿por qué gimen las familias? ¿por qué los conventos y monasterios se han entregado á usos profanos? ¿qué es de sus monjes y santas vírgenes? ¿á que manos han pasado sus bienes? ¿por qué se han cerrado, despojado y de-

molido tantos templos? ¿por qué los sacerdotes andan ultrajados y perseguidos como malhechores? ¿por qué la voz de la oracion, tímida y sobrecogida, se esconde en lo mas secreto de los hogares? ¿por qué la sociedad entera, conmovida en sus cimientos, se ve amenazada de próxima destruccion?.....

El liberalismo triunfó en esas naciones, el liberalismo que principi6 en ellas por poco, y que con accion lenta pero constante lleg6 á trastornarlo todo, é imper6 sobre las ruinas.

Por sus frutos los conoceréis, dijo Jesucristo. Conoced al liberalismo por los suyos. Meditad, y elegid.

### *Los Conservadores.*

*Quito, á 17 de setiembre de 1875.*

---

QUITO.—FUNDACION DE TIPOS DE M. RIVADENEIRA.

